

PUBLICACIÓN ANÁRQUICA POR EL DESMADRE Y LA REVUELTA

#11 | OTOÑO 2013



Rechazamos la sociedad actual y sus valores. Derogamos los valores de aquella sociedad y por medio del nihilismo reconstruimos y descubrimos unos nuevos conceptos. Pero frecuentemente el nihilismo está entendido como un concepto vago y abstracto. Algunxs lo confunden con un pesimismo filosófico, otrxs con un arrogante y degenerado pseudo-egoismo.

No vamos a presentar la definición etimológica de la palabra «nihilismo», sino que hablaremos del significado que este adquiere en los textos y en los ataques anarquistas.

Empezamos por una conclusión que viene de lo que hemos vivido. A pesar de todo nuestro odio hacia el mundo del Poder y su civilización, no podemos ocultar que somos siembra de esta época.

Su veneno lo encontramos por todos lados, puesto que los ídolos del Poder acechan en cada uno de los aspectos de nuestra vida. Incluso nosotrxs mismxs, que siendo anarquistas rechazamos la civilización actual, ¿cuántas veces durante los momentos más liberadores nos tropezamos con nuestro lado «malo»? Dentro de nuestro grupo, en nuestras amistades y en nuestros amores, puede todavía existir la sombra del Poder, la posesividad, la copia de prototipos, la pálida imitación de papeles sociales, las divisiones, los pseudoegoismos...

El hecho de que seamos anarquistas no significa que estemos impolutxs y esterilizadxs de la sociedad actual y de su civilización. Sin embargo, significa que estamos en permanente guerra contra ella, aspirando a sacudir de nuestro interior y de nuestro alrededor todas las costumbres y hábitos autoritarios junto con sus residuos. En esta guerra el nihilismo funciona como purgador. Y eso porque no habla simplemente sobre una más liberada reformulación de las relaciones sociales, sino sobre la destrucción total de estas últimas y sobre su reconstrucción desde cero a base de unos nuevos valores que surgirán tras la anarquía. Cuanto más en el fondo destruyes tanto más intensamente crearás las presuposiciones para una nueva y radical regeneración.

El nihilismo por medio de la acción directa contribuye violentamente a la destrucción de todos los ídolos de la civilización moderna y saca de su pedestal todos esos valores que hoy en día están socialmente aceptados. Todos los valores y todas esas prisiones morales de los compromisos quedan aniquilados y liberados de la sombra del Poder, mientras que unos nuevos significados se van creando. El nihilismo es la vida que se mueve hacia las infinitas posibilidades de liberación. Quizá todo esto suena muy abstracto.

Pues, hablemos de manera un poco más tangible. Porque la poesía del nihilismo al mismo tiempo crea las ruinas de ese mundo. Especialmente hoy en día observamos cómo la percepción anarquista se confunde y mezcla con los residuos de unas teorías mutiladas y de unas ideologías inválidas. Frecuentemente aparece una repugnante mezcla de anarquía con unos análisis puramente económicos, con marxismo científico, con obrerismo, con democracia directa o comunización. De esta manera la anarquía queda lisiada y empobrecida, se limita y retrocede. Pierde su vivacidad y su crítica, corriendo peligro de volverse una ideología muerta más.

Al leer y debatir los análisis y textos que circulan en el ámbito anarquista, especialmente ahora con la crisis económica, vemos que predominan especulaciones expresadas en un lenguaje totalmente seco. El lenguaje del pasado y de una ideología muerta. Por ejemplo, una de las cuestiones centrales en esas discusiones es la propuesta de la autogestión de los medios de producción. Es decir, el problema con mucha facilidad se centra en quién tenga en sus manos los medios de producción. Algunxs ya van fantaseando sobre servicios públicos autogestionados, órganos de beneficio público, etcétera. Pero algo así no cambiará la esencia del mundo. Al contrario: ese punto de vista obrerista que ve el apropiarse de los medios de producción como proyecto motriz de liberación, de hecho no sólo es incapaz de cuestionar el mundo del Poder sino que además lo reproduce. Lo reproduce porque manteniendo el masivo proceso productivo, aunque sea en su forma autoorganizada, conserva el trabajo especializado, el control tecnológico, las metrópolis y la sociedad de masas.

Por lo tanto la pregunta es: ¿quizás estamos aceptando las condiciones y procesos del mundo autoritario, porque pensamos que podemos transformarlos en unas condiciones y procesos liberadores?

En nuestra opinión, ninguna liberación puede llegar tras la autogestión de la miseria y de la producción heredadas del mundo del Poder. Así la cuestión no puede limitarse simplemente a ¿quién tiene los medios de producción?: ¿lxs capitalistas o lxs trabajadorxs?.

Con el nihilismo la cuestión va más allá, hasta destruir por completo aquellos medios de producción.

Igualmente la existencia de las metrópolis modernas es una cuestión más que debemos de abarcar. No tiene sentido hablar sobre la anarquía y la liberación si estas no van juntas con la destrucción de las grandes ciudades. Y cuando decimos «destrucción de las metrópolis» no tenemos en mente sólo lo de quemar y derrumbar las cárceles, las comisarías, los ministerios y los demás símbolos del Poder. Lo entendemos como la destrucción nihilista de todos los fundamentos estructurales de las ciudades. Las metrópolis con su arquitectura constituyen una edificación autoritaria que está al servicio del sistema actual. Se trata de un desierto social inmenso y densamente poblado. Una fábrica social que funciona sin parar, un ambiente artificial que produce soledad y enajenación, que establece la dictadura de las mercancías, el control de conductas sociales, la normal circulación del dinero, la existencia de zonas de trabajo, zonas de entretenimiento, zonas residenciales, etcétera.

Además, las metrópolis están destinadas a ser pobladas por sociedades multitudinarias. Sociedades de masas que para organizar y cubrir sus propias necesidades, terminan en unos centralistas modelos de organización social.

Igualmente, la sobresaturación de la gente propicia la jerarquía piramidal y deroga a los alcances equivalentes. Por esto, con el nihilismo y la anarquía propagamos el derribo arrasador de las ciudades y la destrucción de la sociedad.

La liberación de la gente es acabar con la dimensión de masa que tiene la sociedad y crear pequeñas y autónomas comunidades. Solamente tales comunidades propician la comunicación, el crear juntamente, el debate, la experiencia personal y la vivencia colectiva.

Al mismo tiempo, el nihilismo anarquista rechaza a la aterciopelada y camuflada opresión civilizadora. Todos los logros de la civilización dominante, todos los momentos de su cultura y sus pensamientos, pertenecen al mundo del Poder. Incluso la música, el cinematógrafo y la literatura frecuentemente sirven como propaganda del Dominio. Es por eso que se producen en forma de objetos/artículos para el consumo de masas, lo hacen las correspondientes industrias de música, de cine, etcétera. Con sus representaciones artísticas

reproducen modelos de conducta social y de mentalidad como también fortalecen la intrincada red que actualmente aprisiona nuestras vidas.

Incluso el arte alternativo promulgado por la subcultura aparentemente disidente, en realidad funciona sólo como una válvula de descompresión. Sus mensajes supuestamente subversivos y su no-conformista y poco peligroso carácter, no son más que una «libertad» ofrecida por el Sistema que así produce su propia forma de disidencia. De este modo lo puede asimilar muy fácilmente, convirtiéndolo en el consumo de películas alternativas, de música alternativa y de diversión alternativa. En pocas palabras, es el mismo Sistema el que ofrece una manera ya preparada para que lo rechaces, pero sin que vayas a molestarlo o a constituir una amenaza para él.

Frecuentemente la civilización no nos permite ver el mundo en su dimensión natural. Las invenciones culturales de los seres humanos moldean las teorías muy complejas, las formalidades educadas, los papeles sociales separados y las actitudes fingidas que nos alejan de la alegría que es la esencia de la vida. Al contrario, el nihilismo es en cierto sentido la opción de autenticidad. No necesitamos todos esos disfraces adquiridos y civilizadores para poder disfrutar de los valores y los placeres de nuestro ser.

Por esto proponemos destruirlo todo. No basta con abolir el Estado y sus instituciones para saborear la libertad, se precisa una destrucción nihilista de la percepción del mundo que tenemos hasta ahora. Destrucción de una percepción antropocéntrica que nos pone en el centro del universo, como si todo estuviera girando a nuestro alrededor. Una percepción semejante ineludiblemente crea mecanismos autoritarios que hace que queramos expandirnos y dominar a la naturaleza, a los animales y, lógicamente, a otros seres humanos. Destruyan, destruyan, destruyan, hasta que lleguemos a eliminar nuestra vida vieja para construir algo anárquico y libre. Y mientras que exista el recuerdo del Poder, ya que éste se lo pasa bien en nuestro interior, la destrucción tiene que ir mucho más a fondo, tiene que ser consciente y continua...

En pocas palabras podríamos decir que el nihilismo es detonador de la anarquía. Es el continuo poner en duda y cuestionar, que lo ve todo críticamente, continuamente evolucionando la anarquía. Al mismo tiempo no permite que la anarquía se convierta en un nuevo orden dirigente. El nihilismo es aquella situación que puede hacer que las palabras sí digan algo que no se ha dicho hasta ahora y que los colores revelen algo que no ha sido visto hasta ahora. Es la revelación de una nueva vida que golpea, ataca y deroga las restricciones y limitaciones del Poder, de las ciudades, de la sociedad, de la civilización y de los medios de producción. Es una tentativa de realmente comprender nuestra vida, una tentativa que la libera de la actual complejidad del técnico y tecnológico ambiente en el que vivimos. De este modo lleva la

vida a un estado de consciente simplicidad, ahí donde las emociones y los pensamientos derogan a las reglas y a los límites.

De esta manera aportamos a la destrucción de la sociedad burguesa, teniendo como objetivo tanto derrumbar sus fundamentos como también el derribo total de la idea actual del disfrute y el gozo. Abandonamos al culto de los objetos en el mundo de las cosas muertas y nos llenamos de insaciabilidad de los deseos, del intelecto y de los sentimientos. Nos negamos a que los cálculos fríos y su certeza se encarguen de nuestra vida. Las relaciones humanas tienen que estar basadas en la pasión, porque si no, se hundirán en el aburrimiento y la repetición.

Por esto, aunque las probabilidades de liberación son desconocidas en cuanto a su perspectiva, la evolución y el moverse son más preferibles que la seguridad del estancamiento. Porque de la inmovilidad lo único que puedes esperar es la muerte.

En realidad ni la anarquía ni el nihilismo ofrecen garantías, pero los dos sí ofrecen la vida. La vida no va sin movimiento, sin evolución o sin conflicto.

Los conceptos mismos de la amistad, de la comunicación y del amor serán probados con una nueva intensidad y con una nueva pasión. Lo único cierto es que se despedirán representaciones que hoy en día son todas falsas y envenenadas.

Con su mareante forma, el nihilismo se levanta irrespetuoso y provocador frente a todas las ideologías «revolucionarias» que quieren predeterminar las sociedades futuras que ellas mismas evangelizan.

Esas ideologías revolucionarias nos recuerdan a alguien que intenta encerrar todo un mar en una botella. La vida y la anarquía no son un manual de uso que te enseña como descubrirlas. Ni la ruptura con el Poder ni la acción directa anarquista prometen soluciones, sino experimentan con las infinitas eventualidades de libertad en que cada uno y una a su vez crea una nueva probabilidad. Esto que hoy en día es nuevo, mañana será viejo y tiene que ser superado. Cada uno de los respiros necesita el siguiente. Así construimos la nueva Persona Libre en una vida anárquica. Ahí donde todo es posible...

Conspiración de las Células del Fuego



EL ANARQUISMO ENTRE LA TEORÍA Y LA PRÁCTICA

La crítica de la política hecha por los anarquistas no es sólo una crítica del Estado. Porque no sólo la expresión del Estado es política. No es política sólo la acción del Estado. Por este motivo los anarquistas son antipolíticos, porque son contrarios también a aquellas que son las expresiones de la *polis*, en el sentido griego del término, es decir, de la sociedad por como está realizada y por como está históricamente organizada. Los anarquistas, por lo tanto, son portadores de una acción de tipo antisocial. No son para nada defensores de una lucha que se introduzca en lo social.

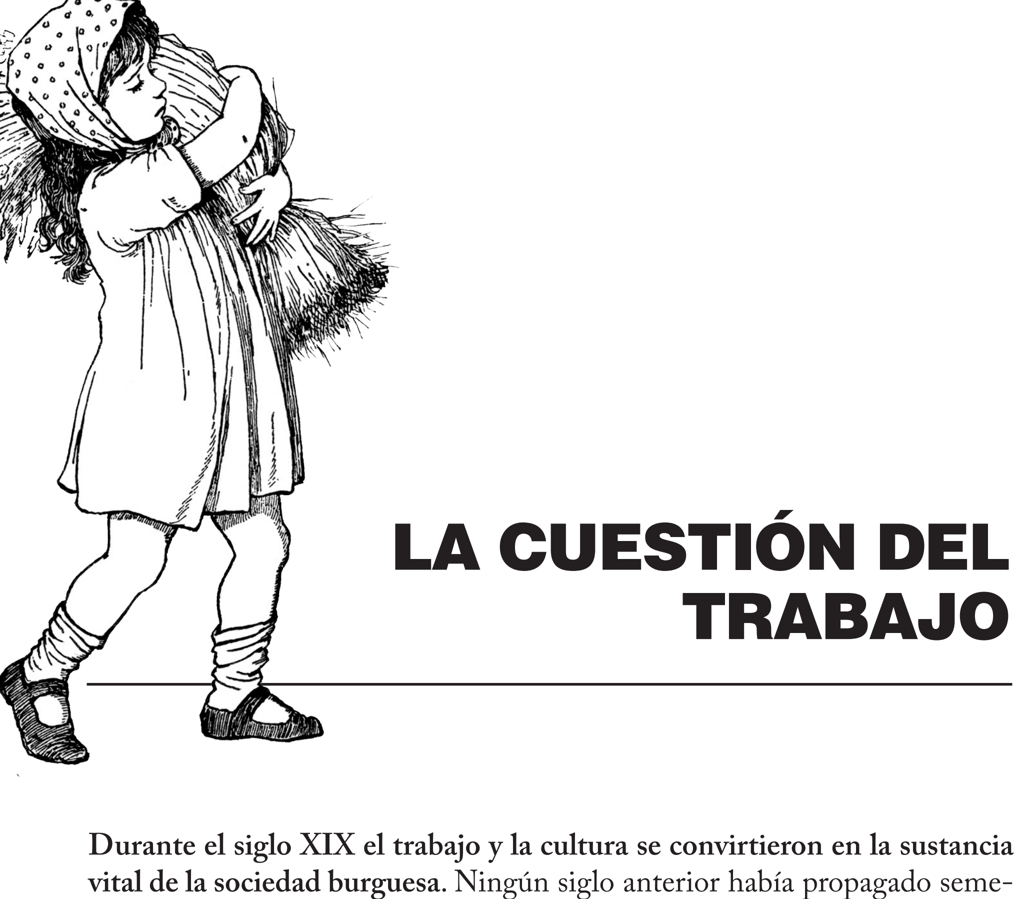
Muchos de los discursos hechos en los últimos veinte años tienen una característica equívoca. Cuando se ha hablado de luchas anarquistas en lo

social, se ha hecho para no parecer extraterrestres, para no parecer portadores de algo poco comprensible a la gente. Pero los anarquistas tienen muy poco que ver con la sociedad. Con esta sociedad. Porque está claro que el Poder no se encuentra sólo en los centros de decisiones, sino que desde aquellos centros impregna toda la realidad social. La sociedad es una expresión del Poder, no es la pobre Cenicienta que soporta las órdenes de la madrastra que se viste con el traje del jefe de Estado, del policía, del juez. Hace parte del Poder —tiene su responsabilidad y su complicidad con el Poder— también quien sufre la explotación, también el explotado, también el obrero. También la estructura productiva es cómplice del Poder, también la estructura productiva capilar, periférica. Esto lo han comprendido los anarquistas y lo han denunciado en todas sus intervenciones en el ámbito de la actividad laboral y de la conflictividad social.

Desgraciadamente, y ésta es una responsabilidad histórica suya, una responsabilidad histórica nuestra, una responsabilidad personal mía, si preferís, lamentablemente no hemos sido capaces de tomar con coraje este argumento en los últimos veinte años, decir que los responsables no sólo son aquellos que están en el parlamento, o los que visten la túnica del juez, sino también aquel que soporta la explotación sin rebelarse, quien simplemente consigue arreglárselas para llegar a fin de mes. Es éste también un elemento del Poder y es también contra esta estructura, contra estas personas, contra esta realidad que los anarquistas se mueven y buscan desarrollar su crítica en todos los aspectos de la vida.

Por lo tanto, la crítica del Poder no quiere decir solamente crítica del Estado, sino también crítica de la familia, crítica de las estructuras familiares, crítica de un amor vendido a granel, día tras día, crítica de la sumisión de la mujer y crítica de la sumisión del hombre en relaciones no recíprocas, muchas veces vaciadas de todo contenido afectivo, simplemente santificadas por una detallada fórmula jurídica. Porque es esto lo que forma el Poder, éste es el ejercicio del Poder en la realidad cotidiana.

A. M. Bonanno



LA CUESTIÓN DEL TRABAJO

Durante el siglo XIX el trabajo y la cultura se convirtieron en la sustancia vital de la sociedad burguesa. Ningún siglo anterior había propagado semejante cantidad de cultura ni desarrollado, al mismo tiempo, tal energía de trabajo como el que Burckhardt irónicamente llamará «el siglo de la cultura», y al que Marx criticó desde el punto de vista del trabajo. Éste llegó a ser la forma de existencia propia del «obrero asalariado», y la «posesión» de cultura un privilegio de los «intelectuales». Sin embargo, en la división entre el trabajo y la cultura, dirigida a dos clases diferentes, aparece también la conexión esencial de estas últimas, pues la aspiración de los trabajadores era apropiarse de los privilegios de la cultura burguesa, mientras que los hombres pertenecientes a la clase culta no pudieron dejar de llamarse «trabajadores espirituales», con el fin de que el privilegio del que gozaban no apareciese como injusto. En Alemania el desconcierto de los intelectuales burgueses se mostró con máxima claridad después de la guerra, cuando —según el modelo de los consejos obreros rusos— fundaron un «Consejo de los trabajadores

del espíritu», que se proponía la tarea de salvar la ruptura existente entre el trabajo proletario y la cultura burguesa. El aplanamiento de tal contraste constituyó uno de los propósitos principales del nacionalsocialismo, que puso en contacto —por medio de campos de trabajadores— a la juventud de estudiantes con el pueblo e impregnó a la masa de obreros asalariados con una «concepción del mundo» política, derivada de la cultura burguesa. Tanto la diferenciación del trabajo y la cultura —diferencia que culminó en extremos que se condicionaban recíprocamente— como el allanamiento de dicha distinción, establecida a través de una «cultura popular» media, testimonian, desde dos aspectos distintos, que el trabajo en su condición actual ya no educa al hombre en tanto hombre.

La naturalidad con que hoy cada uno —sea comerciante, médico o escritor— designa la actividad que cumple como «trabajo» no existió siempre.

Sólo muy gradualmente el trabajo se procuró validez social. Según la concepción cristiana, el trabajo no era originariamente una actividad meritoria, sino la consecuencia del pecado y del castigo correspondiente. El hombre tiene que trabajar con el sudor de su frente, pues es por su culpa que está con-



denado a ello. Como obligación dura y maldita, el trabajo es esencialmente penuria, fatiga y padecimiento. El hombre bíblico no goza los «frutos» producidos por la «bendición» del trabajo, sino que éste existe porque se apoderó de los frutos del paraíso. Pascal aun sostenía que el trabajo sólo mostraba la vacuidad del trajín del mundo, aparentemente realizado de modo industrioso, ya que por medio de esa dispersión el hombre olvidaba la miseria de su existencia. Sólo con el protestantismo nació la positiva apreciación cristiana del trabajo mundano. Pero la decisiva mundanización de la tradición cristiana, bajo la forma en que se produjo en el siglo XVIII, se produjo en contradicción con la doctrina de la Iglesia (a lo que ésta no respondió como era costumbre con lo que contrariaba su doctrina y las hogueras no se llenaron de burgueses, curiosamente). Mediante esa mundanización, adquirió vigencia la valoración burguesa —desde entonces dominante— del trabajo, que fue considerado como una actividad que llenaba de sentido a la vida humana. Ahora se goza, consciente y voluntariamente, de los frutos del trabajo cumplido. Se convierte en el camino preferido, capaz de conducir a la satisfacción y al éxito, a la fama, al goce y a la riqueza. El hombre de la época burguesa no sólo tiene que trabajar, sino que quiere hacerlo, pues una vida sin trabajo no le parece digna de ser vivida, por cuanto sería «vana». El trabajo no regía para él como una mera actividad ascética, que aleja los vicios del ocio y de la disolución, obligando a una actividad regulada, sino que en cuanto trabajo que rinde resultados y produce consecuencias, adquiere significación autónoma y constructiva. Es la fuente de toda habilidad, virtud y alegría. En semejante apreciación del trabajo, la valoración cristiana sólo aparece a través del acento puesto en su dureza meritoria, lo que siempre implica la representación de un maleficio, tanto como la liberación causada por el trabajo es un estado cuasi paradisíaco, aunque el ocio continuo produzca en el hombre —destinado a trabajar— un aburrimiento mortal. Ambos significados fundamentales del trabajo, entendido como necesidad y fatiga (molestia) y, al mismo tiempo como obra (*opus opera*), también están presentes en la historia de la significación del vocablo. Labor quería decir, originaria y primordialmente, el duro trabajo del cultivo de los campos y, por tanto, una labor de sumisión servil. Pero al mismo tiempo el trabajo que pesa sobre el siervo y se cumple por una paga diaria también es efecto de un rendimiento creador, semejante al de las demás obras.

Sin embargo ese doble significado del término no fue decisivo para una caracterización del trabajo. Éste pertenece al ser del hombre, en cuanto es un ser activo en el mundo. La última vez que se lo concibió en ese sentido

pleno y originario fue en la filosofía de Hegel. Según él, el trabajo no constituye una actividad económica singular, diferente del ocio o del juego sino el modo fundamental en el que el hombre puede producir su vida y configurar el mundo. La ética protestante del capitalismo y de la fundamentación del trabajo está servida.

El mundo mediterráneo del cristianismo original que concebía el trabajo como castigo (y por ello era por lo que no trabajan los señores, tocados por la virtud de Dios en el orden esclavista, luego feudal, y posteriormente capitalista, sino los siervos) para expiar la culpa y constituía así un modo de sometimiento —la Iglesia y el señor te castigan en representación de Dios por tus faltas, arrepiéntete y trabaja— va sucumbiendo filosóficamente al mundo anglosajón protestante del trabajo como estatus social, difundido por un capitalismo impulsado por la Europa nórdica y evangelista, basado, curiosamente, en formas más arcaicas de sometimiento que son mediterráneas (desde la invención de la agricultura y la conformación de los primeros estados antiguos a las repúblicas italianas en donde se crearon los bancos y el dinero tal y como hoy se conoce). El duro trabajo de los «trabajadores espirituales» fue apropiarse y crear medios de producción para su laboriosa actividad de producir riqueza sobre las espaldas de los embrutecidos trabajadores que eran, y siguen siendo, los que se rompían el espinazo para mantener a todos los demás. Pero el burgués, el comerciante, el industrial es un emprendedor laborioso e incluso un trabajador y al «pobre obrero asalariado» se le concede también su estatus siempre y cuando produzca, consuma y calle y se le obsequia con un salario con el que comprar lo que él mismo produce y con una «cultura popular». Así por ley —filosófica, jurídica, mundana y divina—, todos somos iguales (tenemos cultura y trabajo). La rueda sigue y se acabó la juventud.

Nunca llegamos tan lejos como cuando ya no sabemos hacia dónde vamos.

Goethe

Tengo un amor dentro de mí que no te puedes imaginar, y una rabia que no te puedes creer. Si no puedo satisfacer el primero, daré rienda suelta a la segunda.

Frankenstein



SEVERINO DI GIOVANNI, EL «ÁNGEL DE LA VIOLENCIA»

Severino Di Giovanni fue un mítico anarquista italo-argentino, abanderado del individualismo y partidario de la propaganda por los hechos.

Nació en los Abruzzos, Italia, en 1901 y murió en su segundo hogar, Buenos Aires, en 1931. Severino era hijo de familia pequeño burguesa acomodada que se rebeló temprano contra la autoridad paterna. Hizo estudios de magisterio y en sus ratos libres estudió también para tipógrafo,

siendo precisamente estudiante cuando se inició en el ideario anarquista con la lectura de sus clásicos. Tenía 19 años cuando se quedó huérfano, y un año más tarde, en 1921, se entregó por completo a la causa anarquista influido enormemente por dos grandes anarquistas de acción y enormes teóricos italianos, Renzo Novatote y, sobre todo, y también influido por el anterior, Luiggi Galeani.

La instauración del fascismo le obligó a exiliarse. Llegó a Buenos Aires en 1923, trabajando inmediatamente como obrero tipógrafo e incorporándose a la FORA, sin abandonar por eso su individualismo. Paralelamente funda con otros compañeros un grupo anarquista de acción, el Círculo Individualista Renzo Novatote.

El auge del fascismo adquiere su particular traducción en Argentina bajo el mandato del populista Hipólito Irigoyen, cuyo carácter nacionalista no era contradictorio con una actuación brutal frente al movimiento obrero y en cuya presidencia tendrá lugar la llamada «Semana Trágica» de 1919 y la masacre de los peones rurales en la Patagonia. El mandato acaba con un golpe militar que da la presidencia al doctor Marcelo Teodoro de Alvear, representante directo de la oligarquía y del imperialismo y con conexiones muy directas con el régimen de Mussolini.

Di Giovanni muy sensible a la cuestión del fascismo, se convierte en uno de los animadores de los comités antifascistas, en los que su grupo anarquista entra a formar parte y hace de corresponsal de *L' Adunata dei Refrattari*, que publica su «mentor» Galeani en Estados Unidos. No tarda en sentirse desalentado de estos comités, considerando que el antifascismo organizado de todas las tendencias engañaba a las masas, y por eso inició la publicación de un periódico libertario llamado *Culmine*. Lo escribía, componía y lo imprimía él mismo en sus momentos libres, robando horas al sueño. Pronto iba a escandalizar a las clases dirigentes cuando en medio de un acto diplomático dedicado al embajador italiano, sobresale enfrentándose a los «camisas negras» de la comunidad italo-argentina rica y cuando es detenido se declara anarquista. Se convierte en un «ángel de la violencia», según algunos sectores anarquistas y defiende una concepción muy precisa: «la obra no era de palabra, sino de acción». Esto le lleva a la dinamita, a la propaganda por los hechos y los atentados y atracos se suceden. La crítica efectuada desde el sindicalismo que le tachaba a él y a sus partidarios de «anarcobandidos» dio lugar a graves enfrentamientos entre las tendencias, excediendo el terreno de las palabras.

Di Giovanni trajo en jaque a la policía bonaerense durante más de un lustro, con sus expropiaciones pero fundamentalmente con sus atentados con bomba a instituciones oficiales del poder, como por ejemplo la Embajada de Estados Unidos tras la ejecución de los anarquistas Sacco y Vanzetti en 1927, entre otros hechos de gran relevancia.

Pero Di Giovanni no se dedicaba únicamente a los atentados, su periódico Culmine salía puntualmente y cuando fue finalmente detenido volvía de la imprenta de corregir las pruebas de la edición de «El Hombre y la Tierra» de Eliseo Reclús, junto con Novatore su pensador anarquista favorito. Sus ediciones las financiaba a golpe de atraco y pensaba que la propaganda debía ir en paralelo con la acción ya que era la que justificaba y daba sentido a ésta, que era el motor de la lucha anti-estatal y anti-capitalista.

Fue ejecutado en 1931, al poco de su detención, un año después de que el sanguinario general Uriburu diera un golpe de Estado para aplastar la constante agitación obrera e imponerse a la facción más liberal de la burguesía y llevar a buen término los planes de la oligarquía argentina y del capitalismo criollo, que debía ser fortalecido y protegido por un estado fuerte a su vez que se sirviera de sus protegidos para modernizarse y estructurarse mejor. La FORA, incomprensiblemente, lejos de actuar contra este golpe, como hicieran sus correligionarios de la región española seis años más tarde contra el alzamiento franquista, dejaron pasar el hecho por creerlo una «mera lucha entre facciones de la burguesía», sin ver que eran la única fuerza capaz de oponerse a los militares y que dicho acto no iba a suponer sólo una burda defensa de la patética democracia argentina, sino quizás abrir la puerta a la revolución social. A partir de ahí, con Di Giovanni y Roscigna (otro coloso del anarquismo de acción) muertos y la FORA desmantelada, el Estado militar de Uriburu pasó su rodillo sobre los explotados y oprimidos.





Contacto: revista.infierno@yahoo.com